

COLOMBIA ES CAPAZ DE MISERICORDIA
3 Congreso Apostólico Mundial de la Misericordia – Wacom 2014. Bogotá 15
– 19 de agosto.
Cardenal Rubén Salazar Gómez

Doy gracias al Señor por haber puesto sus ojos sobre el sufrimiento extremo que hemos padecido los colombianos y haber abrazado con misericordia nuestras heridas aún abiertas, al elegirnos como anfitriones del III Congreso Apostólico Mundial de la Misericordia. Éste es para nosotros un signo que nos trae un mensaje de esperanza y nos dice que nuestro sufrimiento no ha sido inútil, no ha sido en vano, que ese caudal inmenso del dolor que nos ha desgarrado por décadas de conflicto y que ha dejado seis millones y medio de seres humanos victimizados, por obra de su gracia será la semilla que fructifique en resurrección. Sí. Un dolor redentor como semilla de reconciliación. Un rayo de luz que se posa sobre nuestra nación.

En esta ponencia, trataré de reflexionar sobre cómo Colombia –hoy más que nunca- tiene que ser capaz de misericordia. Invoco la luz del Espíritu Santo para que estas reflexiones nos permitan comprender el misterio de la misericordia y cómo los colombianos tenemos, movidos por la gracia del Señor, que llenar nuestros corazones de misericordia.

La misericordia divina y la misericordia humana

Mis reflexiones parten de una afirmación simple: El hombre es capaz de Dios, como lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica (Primer Capítulo de la Primera Sección de la Primera Parte). Si el hombre es capaz de Dios, el hombre es capaz de amor y su corazón es también capaz de misericordia.

El hombre es capaz de Dios porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. La creación del hombre es una expresión increíble del amor de Dios. Siempre resonarán estas palabras de Dios para comprender al ser humano: *"Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen: a imagen de Dios lo creó, varón y mujer lo creó. Y Dios lo bendijo..." (Gn 1, 26ss)*. Ser creado a imagen y semejanza de Dios significa que el ser humano lleva en su ser una capacidad innata, inalienable, que lo hace capaz de entrar en relación con el mismo Dios. En un cierto sentido, el hombre es creado "igual" a Dios porque, a diferencia de todos los demás seres creados, puede entrar en relación con el Creador.

La relación a la que está llamado el hombre con su creador es una relación de amor. Sin embargo, el hombre se descubre a sí mismo incapaz de ese amor que significa sujeción, donación, entrega generosa. El hombre quiere en cambio *"ser como Dios"* (Gn 3, 5). No está dispuesto a seguir el camino que el Señor le propone sino que quiere una liberación total; quiere ser él mismo quien decida sobre el bien y el mal, *"conocedor del bien y del mal"* como afirma el tentador en el texto del Génesis. Y el ser humano, a lo largo de los siglos, ha seguido ese

camino: el camino de la desobediencia, de la rebelión, del construirse a sí mismo y de construir el mundo a espaldas de Dios, "etsi Deus non daretur", como si Dios no existiera.

Esta conducta humana engendra en seguida una terrible realidad: el hombre puede hacerse victimario del hombre, el hombre puede ser víctima del hombre. Es la realidad que constatamos con horror todos los días en nuestra patria y en el mundo entero.

Pero, aunque el hombre rechaza a Dios, Dios no lo abandona. Ya en el relato del capítulo 3 del Génesis se abre la luz de la esperanza sobre el destino del hombre. Dios cuida de él. Dios seguirá amándolo con amor siempre fiel.

A partir del momento del pecado del hombre y de sus consecuencias nefastas, el amor de Dios se hace misericordia. Es decir, es un amor que nace del corazón de Dios que asume la miseria de su creatura amada; que se compadece del hombre; que repara su culpa; sana sus heridas y perdona sus pecados; es un amor que busca la rehabilitación, la transformación, la vivificación de la creatura rebelde pero amada; es un amor salvador.

Las palabras del Señor a Moisés revelan esta realidad profunda del amor misericordioso de Dios: *"¡He visto la opresión de mi pueblo, he oído el clamor que le arrancan sus opresores, y conozco sus angustias! Voy a bajar para liberarlo del poder de los opresores."* (Ex 3,7s) La epopeya del éxodo, la conducción amorosa a lo largo del desierto, la alianza en el Sinaí, el don de la tierra prometida... toda la historia fundante del pueblo elegido es una historia del amor de un Dios que ama con amor que libera, que sana, que perdona, que vivifica.

Los jueces, los reyes, los profetas, los sabios mostraron al pueblo elegido ese rostro misericordioso de Dios: el Dios que escucha, que se inclina sobre su pueblo, que ama más allá de la rebelión del pueblo, más allá de la incapacidad de amor de un pueblo testarudo, ciego, empecinado.

"Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo sino para salvarlo por medio de él." (Jn 3, 16s) Estas palabras del evangelio de san Juan nos permiten comprender cómo ese amor misericordioso de Dios llegó a su plenitud con la encarnación de Cristo. El amor llevó a Dios a querer asumir plenamente la condición del amado, el ser humano. Tertuliano expresaba esta realidad al afirmar: *"Caro cardo salutis"* (la encarnación es el eje de la salvación). Al asumir nuestra carne en su Hijo Jesucristo, Dios asumió nuestra condición humana menos en el pecado para que toda nuestra realidad humana fuera transformada, al ser liberada del pecado y de la muerte.

Nosotros, los cristianos, los discípulos misioneros del Señor Jesús, afirmamos con san Juan en su primera carta: *"Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene... Nosotros debemos amarnos porque él nos amó primero."* (1Jn

4,16.19). Nosotros sabemos que, unidos al Señor en su muerte y su resurrección por la fe -cuyos signos eficaces son los sacramentos (bautismo, penitencia, eucaristía)-, recibimos también la capacidad de amar, no sólo recuperamos nuestra inicial capacidad de entrar en relación de amor con Dios y con los demás, sino que nuestro amor se hace también el mismo amor de Cristo y adquiere los rasgos de su amor misericordioso. En Cristo, somos capaces de misericordia.

Pero, ¿Qué pasa con los que no conocen a Cristo o lo rechazan en su vida? Hay una realidad misteriosa que el Concilio Vaticano II en la constitución pastoral *Gaudium et spes* (No. 22) expresó al afirmar que "el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre." Y añade: "Esto (es decir, todo el misterio de la salvación por la muerte y la resurrección de Cristo) vale no solamente para los cristianos sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de manera invisible... En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en forma de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual." Sí, todo hombre, creyente o no, cristiano o no, miembro de la Iglesia o no, en Cristo, encarnado, muerto y resucitado, ha recibido y recibe la capacidad de amar con el mismo amor de Cristo, es decir, se hace capaz de misericordia.

Esta realidad profunda es la que nosotros creemos y afirmamos. Colombia es capaz de misericordia; en ella todos y cada uno de sus ciudadanos somos capaces de misericordia porque el Hijo de Dios con su muerte y resurrección nos ha arrancado del pecado y de la muerte y nos ha dado la posibilidad de amar, con amor que asume la miseria del amado.

El amor misericordioso de Dios en el conflicto colombiano

La afirmación contundente a la que hemos llegado (Dios nos ama con amor misericordioso y nos hace capaces de amarnos los unos a los otros con ese mismo amor) parece ser desmentida por la realidad que hemos vivido y que vivimos actualmente en nuestra Patria.

¿Dónde se manifiesta el amor misericordioso de Dios en los innumerables actos de violencia que ha producido millones de víctimas en Colombia? Para abordar este tema verdaderamente acuciante para nosotros los colombianos, quiero recordar cómo el Papa Francisco, al inicio de la cuaresma de este año, preguntó a los sacerdotes de la Diócesis de Roma: "¿Tenemos el valor para luchar con Dios por nuestro pueblo? ¿Discutimos con el Señor como lo hizo Moisés?" Sí. Como pastor de un rebaño atenazado por la injusticia y la violencia, muchas veces he "discutido" con el Señor, muchas veces me he quejado por el aparente abandono en que el Señor parece habernos dejado, como si se hubiera tapado los ojos y los oídos para no ver ni escuchar el clamor de las innumerables víctimas causadas por los conflictos que vivimos en Colombia; muchas veces he lanzado al Señor interrogantes sin aparente respuesta; muchas veces he sentido la desesperación de las víctimas que pierden la esperanza...

Me sitúo en Bojayá. La guerrilla y los paramilitares atacan con cilindros de gas

convertidos en bomba la iglesia, donde se han refugiado decenas de familias con sus niños. El ruido ensordecedor es el preludio de cuerpos destrozados que segundos antes se aferraban con desesperación a la vida. ¿Dónde estaba Dios que no protegió los cuerpos frágiles, ni siquiera de los pequeñitos? ¿Por qué Dios no tuvo compasión de quienes corrieron aterrorizados a su iglesia buscando misericordia? ¿Por qué no tuvo misericordia del párroco Antún Ramos, que vio volar en pedazos los cuerpos de 12 de los 15 integrantes de su grupo que prestaba auxilio a los 400 refugiados en la iglesia?

Voy a otra escena: soldados y policías con la mirada perdida más allá de las jaulas de alambre, dentro de las que transcurrieron secuestrados sus días y sus noches. Algunos hasta 14 años. Las cadenas que colgaban de sus cuellos fueron más ligeras que sus lágrimas. La oscuridad interior llegó a ser más oscura que la ausencia de la luz del sol. ¿Por qué aún hoy el dolor permanece congelado en el alma de quienes no han podido concluir sus duelos? ¿Por qué se permitió que la dignidad humana fuera conculcada, pisoteada, aprisionada en jaulas inhumanas?

Machuca, 1998. Un grupo guerrillero dinamita el oleoducto que atraviesa el pequeño poblado, el fuego se propaga incontrolable y mueren incinerados 89 seres humanos, entre niños, jóvenes y adultos. ¿Por qué el Señor dejó viva a María Cecilia Mosquera para que viera morir incinerados a su marido y a sus tres hijos?

El país se ha sobrecogido de horror al descubrir aquella infamia inaudita que hemos llamado "falsos positivos". Se necesitaba mostrar resultados... había que encontrar cadáveres que pasaran por guerrilleros muertos en combate... había que mostrar que se era eficaz en una guerra que se ganaba poco a poco a base de estadísticas horribles de dados de baja... ¿Dónde estaba el Señor cuando una inconsolable madre recibe el cuerpo inerte de su hijo discapacitado mental, con el inri de haber muerto como un subversivo en combate?

¿Dónde estaba el Señor? Él estaba en la cruz. Sí. Crucificado. Sufriendo en el desgarramiento de su propia carne el dolor de quienes se refugiaron en la iglesia de Bojayá; al lado de las madres y esposas que como su madre la Virgen María esperaban volver a abrazar el cuerpo helado de sus hijos, como Mery Moreno, madre del subintendente de la policía Álvaro Moreno a quien esperó, al pie de la cruz, durante 11 años, 9 meses y 29 días, mientras pasaba una y mil veces las cuentas del rosario. El Señor estaba en Machuca abrazando el corazón de María Cecilia, que no ha dejado de latir para amarlo, ni un sólo día de su vida. El Señor estaba en la dulzura con la que Pastora Mira curó las heridas del asesino de su propio hijo; estaba de rodillas al lado de María Teresa de Mendieta, incendiando su corazón de esperanza. Sí. El Señor ha estado a nuestro lado en los momentos de mayor desesperación, cuando nuestra voz es asumida por la suya preguntando "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15,34)*"

Sí, el Señor estuvo y está presente gracias precisamente a la encarnación de Cristo. En Él, en Su Hijo eterno, Dios, movido por su amor misericordioso, quiere

compartir plenamente nuestra condición humana y asumir en carne propia todo el sufrimiento humano, consecuencia del pecado. Es misterio. Es locura. Lo dice san Pablo: *"Al que no cometió pecado, Dios lo hizo por nosotros reo de pecado, para que, gracias a él, nosotros nos transformemos en salvación de Dios."* (2 Cor 5, 21)

El Padre, en su infinito amor a la humanidad, quiere cargar sobre Cristo toda la realidad del pecado del hombre, para poder destruir el pecado y la muerte y dar al hombre la posibilidad de vivir una vida nueva, de resucitar con Él. Con las palabras de la carta a los Hebreos: *"No es Cristo un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino que ha sido probado en todo como nosotros excepto en el pecado."* (Hb 4, 15)

Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿No sería una muestra más clara de amor el que Dios nos ahorrara tanto sufrimiento, tanta angustia que a veces llega hasta la desesperación?

Para responder, recorro a San Agustín: *"Dios que te creó sin ti, no te puede salvar sin ti."* Dios, porque nos ama inmensamente, dio al ser humano el libre albedrío, el tesoro de la libertad. El amor de Dios respeta la libertad; el amor no es coercitivo; el amor no invade el reino de la responsabilidad de la otra persona, el amor permite, precisamente porque es amor, que la otra persona sea plenamente responsable de sus actos. Dios prefiere, antes que coartar la libertad humana, asumir Él mismo el sufrimiento causado por una libertad desenfrenada que llega a la injusticia y a la violencia.

Pero, precisamente porque nos ha hecho libres y porque respeta profundamente nuestra libertad, Dios quiere que aceptemos también libremente su amor misericordioso. Él tampoco nos obliga a abrir nuestro corazón a su amor para recibir su misericordia. Él quiere que hagamos un proceso a fondo de apertura a Él, a su designio de salvación, a su amor. Él ofrece, a nosotros nos toca decidir si recibimos o no esa dádiva de amor.

En su último libro "Memoria e identidad", san Juan Pablo II nos enseña que la misericordia de Dios es lo único que pone límite a la maldad del hombre. Si Dios no estuviera permanentemente derramando su misericordia sobre la humanidad, quién sabe a dónde llegaríamos en nuestra maldad. Por esto, abrirse a la misericordia de Dios, recibirla en el corazón, es ayudar al Señor a que su misericordia frene la maldad del mundo y éste pueda ser mejor.

Las víctimas y los victimarios ante el amor misericordioso de Dios

La misericordia divina es insondable. Es el misterio del amor de Dios que como seres humanos no alcanzamos a comprender, pero que por su gracia podemos recibir para, a nuestra vez, prodigarlo en abundancia. *"Sean misericordiosos como yo soy misericordioso."* (Lc 6,36) Como en la hermosa parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) -que más bien debe llamarse la parábola del padre misericordioso- Dios nos espera a todos para colmarnos de su misericordia y, al mismo tiempo,

para hacernos instrumentos de su misericordia para con los demás. Dios la ofrece por igual a víctimas y a victimarios, a todo hombre cansado, adolorido...."Vengan a mí ustedes los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré." (Mateo 11, 28)

El camino que deben recorrer la víctima y el victimario no es el mismo. La meta es la misma: recibir la misericordia del Señor y convertirse en instrumentos de misericordia, pero el punto de partida es diferente, diametralmente opuesto.

Para abordar el tema de la misericordia desde las víctimas, debemos mirar a Cristo como víctima, ya que en él Dios quiso hacerse víctima para que todas las víctimas pudieran descubrir el sentido profundo de su dolor y pudieran transformarlo con la fuerza de la resurrección.

¿Cómo vivió Cristo su condición de víctima? Él aceptó plenamente el dolor. El Señor no rehusó el dolor. Él no trató de escaparse del dolor, de evitarlo. No. Los evangelios sinópticos nos relatan cómo el Señor a partir de un cierto momento de su ministerio, empezó a enseñar a sus discípulos que Él debía ser entregado en manos de los pecadores, padecer todo tipo de injurias y tormentos y ser crucificado (Cfr. Mt 16,21ss y paralelos). Así expresaba el Señor su plena aceptación del dolor.

El Señor miró de frente el dolor y sintió toda la repugnancia y la angustia hasta la muerte que causa el dolor. Los evangelios nos relatan la intensa oración del Señor en el Huerto de los Olivos ante la inminencia de la pasión. (Cfr. Mt 26, 36-46). "Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz de amargura, pero no se haga como yo quiero sino como quieres tú." (Mt 26, 39). El Señor tuvo que vencer el rechazo espontáneo, ínsito en la naturaleza humana, del dolor y de la muerte y aprender a aceptarlo y a hacerlo suyo. Este proceso que se realizó en el corazón del Señor lo describe la carta a los hebreos con estas palabras: "El mismo Cristo, que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado en atención a su actitud reverente; y precisamente porque era Hijo aprendió sufriendo a obedecer." (Hb 5, 7s)

Al aceptar el dolor, Cristo toma sobre sí todo el dolor de la humanidad y consigo lo ofrece al Padre. La carta a los hebreos nos introduce en ese misterio insondable: al ofrecerse a sí mismo en la cruz, Cristo ha ofrecido el sacrificio perfecto y definitivo por el cual somos salvados. "La sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo a Dios como víctima perfecta, purificará nuestra conciencia de las obras muertas que conducen a la muerte para que podamos dar culto al Dios vivo." (Hb 9,14). Y, al hacerlo suyo y ofrecerlo al Padre por la humanidad, Cristo llenó su corazón de amor hacia los que causaban el dolor, los perdonó y se ofreció por todos, también por ellos.

¿Qué dice el Señor a la víctima, qué nos dice a todos nosotros? San Pedro en su primera carta nos dice: "Cristo sufrió por ustedes, dejándoles un ejemplo para que sigan sus huellas." (1 Pd 2,21) Al contemplar al Señor como víctima aprendemos

el itinerario que hay que recorrer para que la fuerza de la resurrección del Señor inunde nuestro propio dolor, transforme nuestra condición de víctima en una realidad positiva que contribuye a la salvación del mundo.

Mirémoslo claramente: Ahí está el paso necesario para el cambio de sentido. Yo soy capaz verdaderamente de perdonar a una persona cuando lo veo con otros ojos. No cuando lo veo con los ojos de victimario, sino cuando lo veo con los ojos de un hermano mío que también merece amor, ya que en Cristo ha sido redimido, en Cristo ha sido transformado por el amor de Dios. Y por lo tanto empiezo a mirar al victimario con los mismos ojos de Cristo que amó a sus enemigos, que oró por sus enemigos. *"Padre perdónalos porque no saben lo que hacen."* (Lc 23,34). Cristo, en ningún momento, tomó actitud de venganza, en ningún momento trató de destruir al enemigo, sino que por el contrario se ofreció a sí mismo por él.

Pero, con razón, con la razón humana, las víctimas me podrían interpelar diciendo: "Es que nosotros no somos como Cristo, no somos tan buenos como Él. Hemos pasado por estadios de ira, de dolor, de inmensa tristeza, desesperanza y soledad, ¿Y ahora nos piden que perdonemos, como Cristo, a unos victimarios que no están arrepentidos y no tienen propósito de enmienda?"

Sí. A la luz de la razón humana, el perdón no tiene explicación ni sentido. Pero hay una realidad más honda que nunca podemos olvidar: si Cristo murió perdonando y ofreciéndose a sí mismo en la cruz, no fue sólo para darnos buen ejemplo sino para que con la efusión del Espíritu Santo en su resurrección recibamos la fuerza de hacer lo que Él mismo hizo, más allá de las fuerzas humanas.

La misericordia en la víctima se llama perdón, y el perdón sana en primer lugar a quien lo otorga; lo libera de las ataduras a las que condena el sufrimiento sin sentido; le quita al victimario el poder de conservar encadenada psicológicamente a su víctima; y, sobre todo, le entrega a Dios, con humildad, la suerte del opresor. La confianza en la justicia divina opera como el bálsamo del abandono, es como la mano amorosa que detiene las hemorragias del alma, cierra nuestras heridas y acaricia nuestras cicatrices.

Y podrían insistir: "Cristo fue capaz, pero yo no soy capaz". Y retorno al principio de mi intervención para reiterar: Si el hombre es capaz de Dios, el hombre es capaz de amor. Y si es capaz de amor, es capaz de misericordia que en la víctima adquiere el precioso nombre de perdón. Mirando a Cristo, uniéndome profundamente a Él, puedo como víctima donar mi dolor. Es decir, ofrecerlo, como Cristo lo ofreció por la salvación del mundo, incluso por mis verdugos. Como canta el himno que Pablo nos trae en la carta a los filipenses: *"Cristo se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo un hombre cualquiera. Y en su condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz."* (Flp 2,7s). Cristo se hizo obediente por el desobediente que es el hombre, que somos cada uno de nosotros y, al ofrecer al Padre su dolor por el desobediente, hace que el amor y la misericordia de Dios

manifestada en su muerte y resurrección llegue al desobediente y éste se haga capaz de tener los mismos sentimientos del Señor (cfr. Flp 2,5).

Sin embargo, todavía surge la pregunta: ¿Por qué perdonar a quienes no han pedido perdón? La mayoría de ellos ni siquiera reconocen su crimen. ¿Por qué ser misericordioso con los que se han negado a pedir perdón y no han mostrado arrepentimiento por sus actos atroces? A la luz del amor misericordioso de Dios, descubrimos que son ellos quienes, más allá de su soberbia, están más heridos; los que tienen más sed de Dios, aunque no lo conozcan, aunque aún no sepan que también son sus hijos; los que más necesitados están de su misericordia divina y de alcanzarla por medio de nuestra oración de intercesión, de la donación de nuestro dolor y de nuestro perdón. Una vez más oímos la voz del Señor en la cruz: *"Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen"* y nosotros nos preguntamos: ¿Aunque no pidan perdón? Sí. Aunque no pidan perdón.

La inmensa mayoría de las víctimas en Colombia tienen vocación de perdón y reconciliación; han caminado con Cristo en la periferia del dolor, la soledad, y también de la esperanza. Pero cuando escucho a algunas de ellas decir, por ejemplo: "Yo no soy capaz de perdonar al asesino de mi hijo", "No perdono al que me dejó discapacitado por una mina", pido a Dios que nos enseñe cómo su hijo Jesucristo tomó sobre sí todo el dolor, todo el sufrimiento, toda la injusticia y perdonó a sus victimarios, para que Dios nos pudiera dar por medio de Cristo el perdón y la capacidad de perdonar. Por eso insistimos en pedirle a Él, que nos haga capaces de perdonar; que nos haga capaces de justicia rehabilitadora; que nos haga capaces de reconciliación. Esto significa la toma de conciencia de que nuestro corazón es un corazón débil, es un corazón frágil, es un corazón egoísta, es un corazón mezquino que necesita del corazón de Dios, para poder perdonar, para recibir y dar misericordia. De ahí la necesidad de que el proceso de acercamiento entre víctimas y victimarios que se está realizando en estos días en La Habana esté soportado por nuestra oración...

Sí. A la luz de la lógica humana el misterio del perdón resulta indescifrable. Y duele, duele mucho. Se necesita coraje y heroísmo, para hacernos dóciles a la lógica del amor misericordioso de Dios, dóciles para experimentar la gracia de perdonar con su perdón que sana. ¿Y la justicia divina? En las manos de Dios. ¿Y entonces la misericordia implica renuncia a la justicia? No es renuncia; es desprendimiento, abandono y confianza plena en Él, en su justicia, que más que el castigo busca la sanación, la rehabilitación, la transformación, la vivificación del culpable. La misericordia es la más perfecta expresión de la justicia divina.

¿Y la justicia humana? ¿Será la impunidad la expresión de la misericordia? Mucho se discute entre nosotros esta encrucijada. Pero estoy convencido de que si queremos la paz, es necesario que la justicia adquiera principalmente los rasgos de la justicia restauradora; que la justicia no caiga en el "summum jus, summa injuria", sino que se abra a contemplar otras posibilidades de reparación que permita que el castigo se convierta en instrumento de construcción de la paz.

Comprendemos así que las víctimas están llamadas a una actitud activa, no simplemente pasiva. No es la actitud del que sufre aplastado por el sufrimiento, del que sufre rebelándose contra el sufrimiento, sino precisamente del que sufre tomando el sufrimiento en sus manos y ofreciéndolo por el que le hizo el daño, por aquel que le causó el dolor, para que el otro pueda encontrar el amor y la misericordia de Dios. Y de esa manera dejar de ser víctima para convertirse en instrumento de amor redentor.

Levantemos nuestros ojos a la Virgen María. Ella, al pie de la cruz de su Hijo condenado injustamente (cfr. Jn 19, 25ss), recibe del Señor la tarea de ser la madre de la nueva humanidad, la humanidad que, unida al Señor, es capaz de misericordia. Ella nos enseña la misericordia, ella nos enseña a perdonar, nos enseña a transformar nuestro dolor en entrega generosa.

¿Y qué les dice el Señor hoy a los victimarios? *"No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Entiendan bien qué significa: 'misericordia quiero y no sacrificios', porque yo no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores."* (Mt 9,12). Todo el Evangelio que es el Evangelio de la misericordia invita a todos a acercarse al Señor que es perdón y misericordia. El Señor hoy les dice a los victimarios colombianos que ellos también tienen redención. Pero, para alcanzarla, ellos también deben vivir un itinerario: ¿Por dónde debe empezar el victimario?

El primer paso para ellos es reconocer que todos son objeto del amor y de la misericordia del Señor; que aun aquellos que han cometido los pecados más abominables tienen acceso a la misericordia. ¿Aun los que pusieron los cilindros bomba en la iglesia de Bojayá? Sí. ¿Y los que tuvieron cautivos y esclavizados a otros seres humanos, hasta por 14 años? Sí. Y los que dispararon contra 11 indefensos diputados, después de haberlos tenido cautivos durante más de 10 años? También para ellos habrá misericordia. ¿Y para los que volaron el oleoducto de Machuca donde murieron incinerados 89 seres humanos? ¿También para los que asesinaron discapacitados en Soacha y los hicieron pasar por guerrilleros? ¿Para los que masacraron poblaciones enteras? Sí, sí y sí, la oferta de Dios es ilimitada en su generosidad. Pero requiere el consentimiento de la persona, el sí a ese Dios de amor y de misericordia, y éste empieza por un entrar dentro de sí mismos para reconocerse en sus heridas, en su miseria, en su sed de Dios. El victimario, precisamente, para pasar de victimario a digno de misericordia, tiene que hacer un proceso interior, un proceso del corazón que lo lleve a encontrar la libertad en la verdad porque su mente, su voluntad y su corazón están obnubilados. Y esto no es fácil. Lo evidenciamos en la dificultad que tienen hoy los guerrilleros en aceptar que son victimarios.

Yo les digo hoy a los militantes de las FARC y el ELN, a los miembros de las autodefensas, a los narcotraficantes, pero también a los agentes del estado y a todas las personas que de una u otra forma contribuyeron a que el conflicto armado se hiciera cada vez más una *guerra sucia*, que hagan ese proceso de descubrir la verdad acerca de sí mismos; que no sigan encubriendo sus crímenes con la mentira; que sean capaces de descubrir la realidad del crimen, la realidad

de la falta cometida. En todo proceso de conversión se parte siempre del principio de que se tiene que reconocer la realidad y la naturaleza del pecado. El primer paso es el examen de conciencia. Que ellos sean capaces de dejar a un lado todas las mentiras que se han dicho a lo largo de todos estos años de conflicto y, por lo tanto, que poco a poco puedan descubrir toda la verdad. Y a la luz de esa verdad sean capaces de darse cuenta de la enormidad del crimen cometido y el daño causado a la dignidad de otros seres humanos.

Y, al tomar conciencia de su pecado, muestren arrepentimiento; puedan darse cuenta de que han causado un daño, que han cometido un crimen y se arrepientan de haberlo cometido. Y al arrepentirse pidan perdón. Y prometan no volver a hacerlo y se comprometan en procesos de reparación del daño causado. Sin este proceso —que se vive en el sacramento de la confesión por el cual se hacen objeto de la misericordia de Dios— no hay conversión posible.

Les hago un llamado a la conversión y oro por ellos para que se encuentren con la libertad y la verdad que yace en lo profundo de sus corazones de hijos de Dios. Miles de ellos nacieron en hogares católicos y tienen a sus padres de rodillas, intercediendo por ellos, implorando su regreso. Dios tiene sed de su asentimiento y tendrá compasión, como lo prometió a Sor Faustina, en el "Diálogo con el alma pecadora": "Mi misericordia es más grande que tu miseria y la del mundo entero. ¿Quién ha medido mi bondad? Por ti bajé del cielo a la tierra, por ti me dejé clavar en la cruz, por ti permití que mi sagrado corazón fuera abierto por una lanza, y abrí la fuente de la misericordia para ti. Ven y toma las gracias de esta fuente con el recipiente de la confianza. Jamás rechazaré un corazón arrepentido, tu miseria se ha hundido en el abismo de mi misericordia. ¿Por qué habrías de disputar conmigo sobre tu miseria? Hazme el favor, dame todas tus penas y toda tu miseria y yo te colmaré de los tesoros de mis gracias"

Teresa de Jesús, en su "Libro de la Vida" —que originalmente ella tituló: "De las Misericordias de Dios"— nos conduce, a través de algunas de sus frases, a intuir la dimensión de este misterio de amor, al que ella llegó no por la vía del intelecto sino por la vía de la experiencia:

12.5 158 "Tiempo vendrá, Señor, donde haya de darse a entender vuestra justicia, y si es igual de la misericordia."

8.3 154 "Resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad."

284.2 177 "No hay que temer, sino esperar en su misericordia que ha de descubrir la verdad de todo."

Y la contemplación de la misericordia divina la conduce a ella —hoy santa y doctora de la iglesia— a mirarse en primer lugar a sí misma, a reconocerse en su pequeñez de pecadora, necesitada de su misericordia:

38.7 33. "La misericordia de Dios me pone seguridad, que, pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierda."

4.9. 115 "Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no

quisieren aprovecharse de ella y perdieran a este Señor.”

Conclusión

Después de este recorrido, comprendemos que para que seamos capaces de recibir y prodigar su misericordia debemos empezar por reconocernos en nuestra miseria, en nuestro pecado, en nuestro dolor, en nuestra impotencia, en nuestra fragilidad y desorientación. Nada, absolutamente nada podemos sin Él. Las palabras de Jesús a santa Faustina, resuenan hoy para Colombia: "Hija mía. No me has ofrecido lo que realmente es tuyo. Hija, dame tu miseria porque es tu propiedad exclusiva."

Todo nuestro sufrimiento, pasado, presente y futuro lo donamos hoy a los pies de la cruz, lo unimos al sufrimiento de Cristo, que es el mismo sufrimiento de Dios con nosotros y por nosotros, para que Dios lo tome, lo acepte como ofrenda y los transforme en fuerza redentora y salvífica, haciéndolo amor-misericordia. No es el sufrimiento el que nos redime sino el amor. Un sufrimiento que ofrecemos hoy por aquellos que nos han causado tanto dolor, los que han derramado la sangre de sus hermanos, para que Él los transforme y tenga piedad de sus corazones de piedra y de nuestros corazones, endurecidos por décadas de violencia.